

MAURICIO WIESENTHAL

EL MAESTRO
DE AMOR

BARCELONA 2026



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tél. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2026 by Mauricio Wiesenthal González
© de esta edición, 2026 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Kamod Raga, de la familia Dipak Raga*,
página de una serie ragamala (1745)

ISBN: 979-13-87964-73-3
DEPÓSITO LEGAL: B. 19 084-2026

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
LIBERDÚPLEX *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2026*



Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Obertura

9

Libro de las peregrinaciones

41

Libro de los abecedarios

227

Libro de las prisiones

295

Libro de los tesoros escondidos

317

Para Violeta, mi «topolina», esta misteriosa oración, que fue la obra incansable y secreta de toda mi vida. Como tierra amada, la labré con alegría y torpeza, y como marocéana—a veces serena y en ocasiones tenebrosa—, la exploré y navegué sin miedo. Le fui fiel y la escribí día a día, sin otro horizonte que descubrir sus signos, cartografiar sus costas y sus islas, sorteando bajíos y escolleras en busca del misterio; y todo sin otra guía que la voz que me ha acompañado desde que era niño, tras rezar mi oración de agradecimiento a la vida. No teniendo valor como regalo, querida Violeta, puedo dejarte estas páginas como recuerdo de tus canciones, de tus vestidos y disfraces, y de los sueños que inventabas para tus juegos. En aquellos días de tu infancia llevabas mil disfraces, pero no querías ponerte zapatos en la escena de tus fábulas porque en la isla de tus canciones te sentías—como las grandes bailarinas y actrices—una niña descalza.

Para Mireia, que encendía una vela en la habitación donde me sentaba a escribir, mientras ella hacía sus ejercicios de yoga y meditación. Escribí en su casa la última y definitiva versión de este libro. Me prestó la mesa de su padre, junto al altar de sus maestros y la bendita imagen de Buda. Sonaba en mi alma una voz de paz y de compasión (Namo Ratna), como gotas de lluvia repicando en un cuenco de metal. El humo perfumado del incienso dibujaba procesiones de sombras y figuras de luz en el limonero de su terraza y en el lago inmenso del cielo.

OBERTURA

La historia de este libro marcó mi suerte, ya que lo considero la tarea más laboriosa de mi vida de escritor y, a la vez, amuleto de buen augurio que me salvó en momentos difíciles, pues no sé cómo—destruyéndolo, olvidándolo, recuperándolo y reescribiéndolo tantas veces—he llegado a cumplir, entre trabajos y peligros, los muchos años que tengo.

En suma, acepté lo que me acudía a la inspiración, si es que existe un nombre para los descubrimientos que nos regala la vida, sin motivo y sin porqué. Sólo después de muchos empeños y tareas descubrimos que, para amar bien las cosas, tenemos que buscarlas y desearlas primero, de forma que, al conocerlas, las reconozcamos. Fueron tantos los años de mis peregrinaciones y tantas mis oraciones en el desierto que el viento fue dando forma a estas páginas, igual que se ilumina el corazón del *hadji* cuando regresa de la casa bendita de la Meca.

Finalmente me atrevo a entregar a mi editora Sandra Ollo este libro que titulé *El maestro de amor*. Me ha costado tomar la decisión en un tiempo tan ajeno a mi palabra, pues desde que comencé a escribir esta obra, las modas han ido por derroteros muy alejados de los caminos de mi pensamiento y al oficio que aprendí de mis maestros. Creo, sin embargo, que la literatura está necesitada de romances y canciones, igual que el pensamiento tiene que liberarse de las prisiones racionalistas donde fue encerrado. Hemos de recuperar formas artísticas y espirituales más sensuales e imaginativas, y más agradables también para el lector que

no busca en los libros dogmas ni verdades absolutas, sino horizontes de sabiduría y caminos despejados de iniciación a la vida. Occidente parece haber olvidado la voz de sus maestros clásicos hasta tal punto que nuestra conciencia ha quedado, por primera vez desde hace dos mil quinientos años, exiliada de su memoria, desgajada y peligrosamente escindida del río caudaloso que alimentó nuestro pensamiento y nuestra civilización. Un inquietante panorama se plantea cuando se anuncia un edén ocioso, aburrido y entregado a la holganza deprimente y a las comodidades narcóticas que ofrece el progreso técnico. En ese abatimiento de las manos muertas—la victoria última de la burguesía sobre las sociedades trabajadoras—se vislumbra claramente la disolución de la democracia en populismo, y un crepúsculo moral en la conciencia de nuestra cultura. Si los maestros de la *paideia* griega pudiesen resucitar, así como los cartógrafos y navegantes de la antigüedad, los padres de las artes liberales en la Edad Media, los artistas y sabios del Renacimiento, los pensadores de la Ilustración, los artesanos e inventores de los siglos dorados de la cultura europea o los creadores de la modernidad, todos ellos se sentirían extraños e incomprensidos en nuestro mundo. En mi condición de viejo profesor y estudioso de la historia de la cultura, me atrevería a decir que lo que llamábamos ayer «cultura occidental» ha quedado sepultado como una nueva Atlántida en un cataclismo, y si algunos jóvenes exploradores buscan restos de ese inmenso continente desaparecido, sólo podrán rescatarlos en forma de mitos arcaicos y casi incomprensibles, de tal manera que Homero, Cervantes, Shakespeare o Dante se estudiarán como legendarios titanes, y los profetas de Israel, del cristianismo y del islam serán explicados como reliquias de arcaicas mitologías.

Por motivos que se me escapan, el pensamiento místico

oriental sobrevive mejor en este tiempo de conmoción espiritual. Quizá las antiguas leyendas, los poemas religiosos y los tratados de Oriente tienen la ventaja de haberse escrito sin pretensión «historicista». A menudo, es difícil datar y rastrear el origen de sus semidioses, titanes y personajes, y sus héroes pertenecen a epopeyas que podrían ser memorias de cosmogonías y reinos desaparecidos, por lo que no ofrecen mucho campo a la crítica racionalista y están más dotados para sobrevivir en el edén literario de la mitología. Si los hebreos no hubiesen tenido tanta «conciencia histórica» y sus testamentos no estuviesen tan fundamentados en crónicas o en tradiciones de memoria sacerdotal y jurídica, los profetas de Israel—me permito incluir a Jesús de Nazaret y a sus apóstoles—competirían sin discusión con las figuras de otras religiones orientales como maestros de justicia, de sabiduría, de luz espiritual y de compasión (utilizo esta palabra en el sentido que tiene en sánscrito el término *karuna*, como un sentimiento activo que lleva implícito el impulso de amar al prójimo). Y entre los estudiosos que trabajan con criterios científicos, muchos talentos—sin sentirse acomplexados y obligados a disculparse ante el tribunal de los racionalistas—se sumarían al análisis de los textos de la Biblia, los Evangelios o el Corán con la misma atención con que los cerebros más preclaros y los profesores más ilustres comentan la *Bhagavad Gita*, y recuperan enseñanzas de espiritualidad en epopeyas que el racionalismo occidental consideraría sólo magistrales juegos literarios como el *Mahabhārata* y el *Ramayana*. Y cabe decir que, entre los sabios occidentales abiertos al pensamiento de Oriente, podríamos incluir a filósofos prominentes de la antigüedad clásica, a los mayores poetas del Renacimiento, a santos y a místicos de la espiritualidad cristiana y musulmana, a muchos filósofos modernos—bastaría mentar a

Friedrich Schlegel, Arthur Schopenhauer, Friedrich Majer y Bertrand Russell, que declaraban su fascinación por los Vedas—, o a escritores como Hermann Hesse, Romain Rolland, Jorge Luis Borges, Ramón María del Valle Inclán y Mircea Eliade, que nos dejaron brillantes ensayos y relatos inspirados en la sabiduría oriental. Especial mención merece el genial Aldous Huxley, cuya novela *El tiempo debe detenerse* (inspirada en *El libro tibetano de los muertos*) no debería caer en el olvido. Y me gustaría recordar a Christopher Isherwood (traductor de la *Bhagavad Gita* y editor jefe de la revista *Vedanta and the West*), porque fue guionista de cine (*Cabaret* y *Un hombre soltero*). Soy consciente de que su popularidad en la pantalla podría darle un matiz frívolo o incluso reprochable a criterio de ciertos puristas que todavía no quieren aceptar que una parte muy interesante de la filosofía moderna se ha llevado a la pantalla en Hollywood.

Me cuesta comprender que geniales páginas de la herencia sapiencial de Occidente y la rica experiencia espiritual de nuestros místicos, así como las obras más originales de cabalistas, librepensadores o maestros de sabiduría, puedan resultar ajenas o intrascendentes a pensadores académicos que, sin embargo, aceptan los delirios más extravagantes de la filosofía del siglo xx, incluidas ciertas aportaciones de «genios» que nunca condenaron los crímenes del fascismo y el comunismo. ¿No será que los maestros de las grandes corrientes heterodoxas de religión y pensamiento (místicos, sensualistas, vitalistas) han sido excomulgados por la caprichosa modernidad y apenas sobreviven, malqueridos, en el *Índice* donde los sumos pontífices del racionalismo escriben los nombres de los malditos y condenados que no tienen derecho a un sepulcro en tierra sacra ni a un recuerdo honroso en la posteridad? En resumen, creo que, si no queremos seguir la suerte de nuestros maes-

tros clásicos, los heterodoxos de Occidente debemos refugiarnos a toda prisa en las cuevas de Ellora o en la compasión de Oriente, porque es notorio que el cristianismo, el judaísmo y buena parte de nuestro pensamiento liberal, místico y humanista han sido una presa fácil para los censores racionalistas.

Ésta es una de las razones por las que situé a *El maestro de amor*, el personaje central de este libro, en una India fabulosa y legendaria, evité toda referencia histórica o geográfica concreta, y lo hice nacer ya en el mito.

Me vino como una revelación este poema que narra la vida, amores y desventuras de un príncipe errante, médico y maestro de niños. Si dijese «me inventé su vida», cometería un descuido porque lo presentaría ya maniatado, flagelado y listo para ser condenado por los jueces del pensamiento racionalista («¡Otro cuentista que se inventa vidas de santos!»), y por eso asumo la libertad literaria de hacerlo nacer en la fábula y el mito, como lo haría un romanceador o un poeta oriental. Ahora veo claro que Miguel de Cervantes había aprendido en la España mestiza de su tiempo más de lo que los críticos racionalistas suelen ver. Bien iniciado en las fantasías moriscas, judías y turquescas, comprendió que, por cautela, debía hacer nacer a su personaje «en un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme», y lo presenta como Quijote en vez de con su verdadero nombre: Alonso Quijano.

También por cautela, y para proteger a mi héroe de inquisidores y sanedrines, declaro ante el Santo Oficio de los racionalistas que encontré a mi personaje en un lugar de la India—aunque quizá fue un santo cristiano o un buen judío o un misericordioso musulmán—y sólo puedo de-

cir que nació en un tiempo cualquiera, y que le cambié el nombre cuantas veces quise para regalar intriga a mis lectores y ofrecer mayor placer a los que disfrutarán indagando y discutiendo por qué los héroes de las epopeyas juegan a ser «nadie». Mi personaje juega a ser «nada» porque estoy convencido de que todos somos «alguien», aunque no seamos nada. Así también algunos sabios griegos aparecen en las epopeyas como centauros, hombres y caballos, o eran dioses disfrazados, o andaban por el Olimpo entre divinos y humanos. Para relatar esta historia, busqué ideas, nombres, prodigios, fábulas, horizontes y caminos que unen Occidente y Oriente, salvando las murallas que otros construyeron para separarnos y alejarnos, pues no siempre nuestras ideas y creencias fueron tan dispares como hoy parecen.

Sería deseable que mis lectores encontraran en este libro referencias a una literatura oriental que estuvo—en tiempos clásicos—muy próxima a Occidente, como se evidencia en las obras que nos legaron Dante, Milton y los romanceros de deleites, tragedias y mitos demiúrgicos. Nadie puede extrañarse de que la literatura y el pensamiento europeos estén impregnados de referencias a Oriente en Llull, Montaigne, Montesquieu, Bacon, Voltaire, Schopenhauer y Nietzsche, igual que ocurre en la pintura, en la música y en las artes decorativas.

Jugando con el ritmo de la prosa, he intentado sostener el tiempo que distinguía a la épica antigua, de forma que la música del fraseo no se confunda con *quaderna vía*, y menos aún que el pensamiento derive en doctrina dogmática o en discurso seco y racionalista. Este librito modernista juega con los ritmos de la épica, las secuencias narrativas del romance, y el canto barroco y sensual de la poesía de Oriente. Donde otros más sesudos sólo proponen razones

para reflexionar, *El maestro de amor* ofrece también sencillos cuentos, parábolas y alegorías, historias y relatos para entretener, propósitos para hacer, motivos para indagar y estrofas para cantar, al estilo de los poemas antiguos.

Dante, en su *Comedia*, añade a la palabra *oriental* una diéresis para romper el diptongo y ganar una sílaba en el endecasílabo, «*dolce color d'oriental zaffiro*». Igual que haría un compositor en su partitura, el maestro florentino va *ritardando e rallentando* el tiempo—empleo intencionadamente una indicación musical—para conseguir que nuestros sentidos puedan demorarse en el amanecer del Purgatorio. Buen conocedor de la Biblia, Dante debía de haber leído en el Éxodo (24, 9-11) que el Dios de Israel tiene su morada sobre un «pavimento de zafiro», y así imaginó el desvelo de las almas del Purgatorio, que sólo pueden ver ese azul profundo como un lejano reflejo. Para trasladar esas ansias al lector, colocó diéresis en la palabra *oriental*, desplazó el pie, ganó una sílaba y reajustó la cuenta del endecasílabo.

También a mí este libro lento me llevó a Oriente, pero no por capricho, sino porque elegí un *Oriente* donde las palabras tienen pulso, el acento imprime carácter, la cadencia del fraseo compone la estructura armónica, la dinámica de la lectura se une a la emoción, y la luz *naciente* fluye sosegada y en un tiempo retenido y expectante. ¿Hemos perdido ese poder de lectura y entendimiento? ¿Acaso *inteligencia* ya no significa «capacidad de leer y discernir»? ¿O estamos abocados a llamar «inteligentes» a unas máquinas que únicamente pueden memorizar y no saben *inteligir* ni sentir, entender ni descifrar?

No creo que la intención y el contenido de un libro iniciático, como lo es éste, puedan resumirse a la ligera sin traicionar aspectos más velados y místicos de la obra cuya in-

interpretación no pertenece ni siquiera al autor, sino a lectores que tengan espíritu para descifrarlo. Puedo decir sólo que es un testamento de vida y que sigue una tradición literaria que hoy parece olvidada, pero con ejemplos y precedentes en toda la literatura clásica. El primer oficio de los escritores fue buscarle un sentido a la vida explorando la memoria y los mitos para encontrar horizontes de esperanza y testimonios de ejemplo y virtud en la condición humana. Por eso, el mito, la epopeya, la poesía y el teatro se conjugan con la fantasía al crear dioses y personajes.

Los héroes están cerca del sentimiento mágico y religioso que es origen, estímulo y base de toda civilización y cultura. Y uno de los dramas de la revolución ilustrada, que trajo tantos bienes y progresos a Occidente, fue que, en vez de regularse en los límites prudentes de la razón y la observación, se entregó a la exaltación dogmática del «racionalismo», y con eso dejó en la sombra buena parte de la sabiduría clásica y del espíritu humanista, que tenían un concepto más amplio de la inteligencia. El Renacimiento ya había planteado el progreso del humanismo con su capacidad para inventar instrumentos que facilitaron el conocimiento del mundo y la difusión de las *nuove scienze* (la brújula para la exploración, el microscopio y el telescopio para la investigación, la imprenta para el estudio y la divulgación). Esos hallazgos animaron a filósofos y a artistas a tomar conciencia de la perspectiva, dando así prioridad a la vista entre todos los sentidos. La Ilustración heredó ya en el siglo XVII un panorama más amplio y prometedor de exploración, conocimiento y progreso. Pero el dogmatismo racionalista torció ese horizonte con una simplificación reaccionaria, separando las ideas de los sentidos y sentimientos. La realidad «inteligente» quedó así reducida a una «verdad mental», lo que explica muchas de las posteriores carencias de

la cultura occidental que fue «guillotizada» (la ironía es oportuna tratándose de la Revolución francesa). El Terror fue la consecuencia inevitable y una deriva fatal del proceso de deshumanización que acompañó al «fanatismo racionalista». Esta expresión tal vez parezca un oxímoron escandaloso—¿puede ser fanática la razón?—, pero la obcecación mental no es camino de la sabiduría ni del conocimiento, y puede contaminar y viciar cualquier juicio y actitud humanos. En resumen, Robespierre le ganó la batalla a Diderot, y la siniestra máquina del doctor Guillotin (la herramienta para matar en serie) alcanzó más renombre que otros descubrimientos más importantes de la Ilustración (la turbina de vapor, la pila de Volta, el sextante o el termómetro). La siniestra utilidad del aparato para cortar cabezas dejó en segundo plano todos los inventos humanistas de Pascal.

Gran parte del pensamiento occidental posterior estaría fundamentado en el racionalismo materialista y en la idea profundamente inmoral de que el asesinato, el holocausto y el martirio colectivos son permisibles si tienen una perspectiva de pretensión social—patente de curso de todas las «revoluciones culturales», de las «soluciones finales» del nazismo y de los gulags soviéticos—. Para justificar el crimen, se buscaron razones en apariencia idealistas de «castidad» (el fascismo, el racismo y el nacionalismo se fundamentan en una idea puritana y depuradora de la «casta»). El terror encontró así en el fanatismo racionalista su coartada filosófica. Cuando unos se arrojan la «verdad»—mejor si se puede apañar con apariencia científica, ataviada con mucho discurso moral, pedagógico, revolucionario y populista—, los que luchamos en las barricadas humanistas de la resistencia estamos condenados a ser herejes. Se comienza denigrando a los disidentes y atribuyéndoles «desviaciones y delitos», se les pone en manos de esbirros igno-

rantes y jueces populares, y en último término los poseedores de la verdad encuentran en sus leyes y sus manuales científicos una teoría que justifica «la solución final». No hace falta decir más para explicar la degradación de la historia europea moderna con sus revoluciones, dictaduras, guerras, frentes populares y crímenes de todo signo.

El maestro de amor nos ofrece un mito. Decía Borges que había que escribir un «quinto Evangelio». No creo que hoy sea posible reutilizar y restaurar las claves literarias contenidas en las tradiciones del judeocristianismo para resucitar un nuevo Evangelio. Ni entiendo que pueda hacerse tampoco ese transvase con el Corán o con otros «libros revelados». Sospecho, además, que los tribunales de doctrina se levantarían, ofendidos, en defensa de sus interpretaciones dogmáticas. Por eso he elegido para *El maestro de amor* el escenario de la India, en un mundo de tolerancia, diversidad y libertad que permitió el desarrollo de las más variadas creencias, filosofías y religiones: el hinduismo, el jainismo, el budismo en sus diferentes versiones, el yoga y las prácticas tántricas, la fe del islam, el cristianismo desde la época de las misiones de san Francisco Javier hasta los tiempos de la influencia colonial británica, el sincretismo de Gandhi y de Rabindranath Tagore, y tantos otros movimientos espirituales. Y no eran exclusivamente mitologías, filosofías y creencias «nacionales», sino que a ellas se sumaban escuelas extranjeras venidas de China y de Japón, como el ch'an, el zen, el taoísmo, sin contar todas las hierofanías y vías místicas de meditación, ascesis e iluminación que puedan imaginarse.

Creo que Occidente, donde viven tantos maestros y adeptos a las religiones orientales, no ha desarrollado en la

literatura moderna y el pensamiento libre—salvando excepciones bien conocidas—las posibilidades creativas de ese universo apasionante. Y es extraño, porque el mundo oriental no solamente estuvo muy presente en nuestra literatura medieval a través de judíos y árabes, sino que nos ayudó a forjar nuestro pensamiento y enriqueció algunos de nuestros géneros literarios (la poesía arabigoandaluza, el cuento, la literatura didáctica, la sabiduría mística y la fábula, por ejemplo). Me preocupa que el dogmatismo racionalista y su lema absoluto de que «sólo en la razón y en el cálculo está la verdad» (¡dogma escalofriante!) hayan conseguido sepultar el río caudaloso del arte y de la heterodoxia, desecando un género literario y filosófico tan interesante y rico.

Bajo la apariencia de un testamento culto, este libro tiene otros horizontes. A primera vista, parece una obra hindú de poesía y tradición sagrada, a la vez que un texto iniciático o didáctico. Es también un libro de meditación y pensamiento que esquivo intencionadamente el tono sistemático y filosófico con el que suelen presentarse los ensayos modernos. No siempre fue exigencia esencial de este género literario, y los maestros clásicos, desde Montaigne hasta Nietzsche exploraron vías poéticas y literarias con más hondura artística. Y así, buscando más proximidad con el lector, he querido darle a este ensayo trama novelesca y literaria agavillando una colección de relatos, meditaciones, aforismos, parábolas, apólogos y poesía. Así lo que parece una originalidad en su género es, sencillamente, un regreso a las formas clásicas de expresión de la filosofía y el pensamiento, como ocurría en un tiempo feliz, más inteligente y libre, en que el ensayo no tenía tantas pretensiones dog-

máticas. No se le puede exigir valor científico a la palabra, ya que su fuerza emotiva y psicológica y su vibración musical—siendo todas ellas herramientas mayores para la creación literaria—no pueden competir con la exactitud de la cifra algebraica.

La literatura debe reconquistar su lugar en las bellas artes, recuperando la música de la palabra, el valor de los ritmos y silencios, la fuerza expresiva del signo y la intriga fascinante del símbolo. Por eso, este libro sigue las huellas de los maestros persas y árabes, desde Omar Jayām, Ibn Arabi y Sa'dī hasta Hafez; y es que, como escritor en lengua española, me siento heredero de la tradición oriental que regó y fertilizó nuestra cultura con la obra de tantos maestros musulmanes y judíos.

No debe extrañar que este libro defienda el regreso al rico patrimonio literario europeo y, en consecuencia, también a las influencias orientales, que son evidentes en la lengua y la literatura hispánicas. Está claro que no siento simpatía por nacionalistas ni casticistas, y creo que las raíces de la cultura son mucho más amplias e importantes que las fronteras de los estados. Nadie tiene derecho a poner barreras a la libre comunicación y al libre intercambio de ideas, religiones, creaciones artísticas y progresos científicos.

Las obras más antiguas de la filosofía helénica se escribían como diálogos, discursos o piezas dramáticas. En Oriente, el pensamiento se presentaba a menudo en obras épicas mezcladas con cantos religiosos, como la *Bhagavad Gita*, y más tarde en recopilaciones o divanes, como el *Diván de Hafez*, que abarca desde la mística sufí hasta los aforismos y los *gazales* más profundos y musicales de la poesía. Su originalidad radica en que rompe las barreras de los géneros

y mezcla la crónica con la canción, la filosofía con la adivinación, los símbolos, el pensamiento y toda la fuerza literaria de los sentidos.

En este libro he querido recuperar esas tradiciones más literarias de la filosofía que quizá alcanzan su cima en Nietzsche, evitando de forma deliberada el árido estilo racionalista—absolutamente mental cuando se tratan disquisiciones ontológicas y fenomenológicas—que se ha exigido a los libros de pensamiento en la época moderna.

¿Qué oscuros prejuicios nos llevaron a separar el pensamiento de los sentidos, como si el raciocinio, la conciencia, la experiencia sensorial y la vida estuviesen fragmentados en ámbitos inconexos, y la inteligencia fuese una herramienta ciega, muda, anósmica, sorda e insensible? Algún oscuro diablillo puritano ha ido alimentando esa confusión. ¡Una auténtica locura, ya que la sensibilidad es la compañera inseparable del espíritu! Y me parece lamentable que grandes maestros del pensamiento se hayan encastillado en esta trinchera mental sin mayor horizonte humanista, considerando que ya Locke y, sobre todo, Étienne Bonnot de Condillac, en su *Tratado de las sensaciones*, habían abierto caminos más prometedores para la Ilustración; vías maravillosas que han quedado inexploradas en la obra de muchos filósofos modernos.

A algunos pensadores y artistas de nuestro tiempo—sumidos en tenebrosas abstracciones—habría que decirles: «Si usted no puede explicarme sus síntomas de manera más clara, no me lo cuente a mí, sino a su psiquiatra».

Es una pena que Kant tuviese tan mal olfato, y en su *Antropología en sentido pragmático* aventurase la discutible presunción de que la vista es un sentido más noble que el olfato. Ocurre, sin embargo, que la nariz, el gusto y el deseo (aceptación o rechazo) están unidos por disposición de la

fisiología. Y un filósofo no debería olvidar que El banquete (escuela mayor del pensamiento) es, en esencia, una fiesta del gusto, del oído, del conocimiento y de la inspiración. Sabido es que los diferentes platos se acompañaban en el *symposion* con música y con vinos, que se mezclaban, se aclaraban y escanciaban según normas precisas y de acuerdo con las indicaciones del anfitrión que dirigía el convite y la asamblea. Y en el cenáculo ardían los braseros donde se quemaban especias y resinas, concertando sensaciones, apetitos e ideas.

No puedo olvidar un mediodía de abril en París con Paul Morand cuando el olor de las lilas («flores de fina museolina», en metáfora del *temps perdu*) llevó nuestra conversación hacia Proust, y hacia el azúcar perfumado que había añadido la cocinera a nuestros postres de queso fresco. Nunca me he sentido tan cerca como entonces de *Jean San-teuil*, aquel libro perdido y rescatado treinta años después de la muerte de su autor, donde éste evoca el perfume de un queso blanco a la crema que tenía un color rosado porque él había ido aplastando los pétalos de una rosa mientras conversaba con sus amigos. ¿Habría que recordar también que las mujeres han conservado el olfato más y mejor que los varones en la evolución de nuestra especie? ¿Con-vendría citar más a menudo a Bergson, reeditando *Materia y memoria*? O, aún mejor, alguien debería escribir la *Crítica de la razón dietética*.

Debemos reconquistar el ágora y la plaza pública para el pensamiento, y reivindicar el derecho a presentar la filosofía con un lenguaje poético y literario—como lo hicieron en tiempos más recientes Albert Camus, José Ortega y Gasset, Aldous Huxley, María Zambrano, Romain Rolland, Miguel de Unamuno, Benedetto Croce y Alain, entre tantos otros—sin que por ello pierda rigor ni credibilidad.